

ta Sede, pero consideraciones políticas ó influencias palaciegas le retenian en Aviñon, y le hubieran tenido acaso por mas tiempo todavía si un incidente no le hubiese obligado á tomar una resolucion decisiva. Gregorio XI hacia cargos á un obispo que residia fuera de su diócesis, y al volverle cargo por cargo el prelado, el Sumo Pontífice decidió no dar ocasion á que se pudiese echarle jamás en cara semejante réplica. Salió pues para Roma movido por su natural deseo de restablecer la Santa Sede en su antiguo asiento, y por las reclamaciones de los romanos que le habian enviado embajada para decidirle y esponerle los peligros que corrian la ciudad y la Iglesia sin la presencia del Sumo Pontífice.

La entrada de Gregorio XI en Roma, ocurrida en 17 de enero de 1377, fué tan solemne y celebrada como la de Urbano V; el clero y el pueblo con sinceras demostraciones de alegría protestaban contra las discordias y miserias intestinas que por tantos años tuvieron ausente de Roma al Sumo Pontífice. Y era de celebrar este acontecimiento, porque cerraba definitivamente ese paréntesis histórico conocido por el *segundo cautiverio de Babilonia*, que no habia de reproducirse, como no se ha reproducido hasta el presente, y no querrá Dios que bajo esta ú otra forma se reproduzca en adelante.

Ahora bien; restablecida la Santa Sede en Roma, ¿justificaron los acontecimientos la oportunidad y la conveniencia de semejante acto? ¿se hubieran evitado ciertas consecuencias, altamente deplorables, si la Santa Sede hubiese continuado establecida en Aviñon, renunciándose á la soberanía temporal de Roma y territorios adyacentes? Permítasenos que reservemos la contestacion para otro capítulo en que vamos á esponer el cuadro triste que ofreció el Occidente durante su largo y fatalísimo cisma.

## CAPITULO X.

### Desde el restablecimiento de la Santa Sede en Roma hasta el fin del cisma de Occidente.

EN el capítulo anterior hemos manifestado los sencillos y naturales medios por los que se efectuó el definitivo restablecimiento de la Santa Sede en la antigua capital del mundo católico; algunos sin embargo pretenderán acaso deducir de estos acontecimientos una consecuencia altamente absurda. Al restablecimiento definitivo de la Santa Sede en Roma subsiguió el fatal y prolongado cisma de Occidente; ¿es razon que el cisma se atribuya á este importantísimo y necesario acontecimiento? La índole de los sucesos contestará mejor que todos los argumentos.

Los Papas que residieron en Aviñon, sea por su cualidad de franceses, sea por la dependencia territorial en que se encontraban, halagaron el amor propio de la Francia dando entrada al Sacro Colegio á un desproporcionado número de prelados de dicha nacion. Era natural que prevaleciendo de un modo tan considerable el elemento francés, se trabajase activa y constantemente para conservar la Santa Sede en Aviñon, por las sencillas razones de que este hecho halagaba al pais, favorecia á la corte de Francia y era tambien en beneficio particular de los cardenales. De esta suerte y con el trascurso de los muchos años que duró el *segundo cautiverio de Babilonia*, estos intereses particulares se fomentaron mas y mas, trascendieron al orgullo y al amor propio de las familias, y la corte de Francia pudo ya conocer por esperiencia propia cuán favorable habia de serle la circunstancia de cubrir á los Papas con la sombra que proyectaba su trono. Por otra parte, la ineficacia de las distintas gestiones que habian practicado los romanos para recobrar al Papa, y las significativas esperanzas de

una larga permanencia en Aviñon á que dieron motivo el levantamiento de un magnífico palacio y poco despues la adquisicion definitiva de la ciudad y del señorío, dieron cierta seguridad á los que confiaban ver establecido para siempre en Aviñon el centro de la cristiandad.

Merced á estos motivos creáronse intereses opuestos. Roma no habia abdicado su primitivo derecho á ser la capital del mundo católico; mas aun, habia manifestado repetidas veces su íntimo deseo de que cesara la triste orfandad en que se la tenia; Aviñon por otra parte tuvo tiempo y ocasiones sobradas para creer que no se veria desairada su confianza en lo futuro, y por lo tanto creyó que podia contar con la distincion que se le dispensara trasladando á su recinto la corte pontificia. Cuanto mas se hubiese tardado en restablecer la Santa Sede en Roma, mas en número y en prestigio hubieran sido los intereses creados en Aviñon, y acaso hubiera llegado dia en que la córte de Francia hubiese ejercido una presion mas violenta que la de las simples súplicas é instancias al tratar los Papas de retirarse á sus antiguos dominios. ¿Debe pues atribuirse el desastroso cisma de Occidente al Sumo Pontífice que, sobreponiéndose á todas las influencias de la córte que le rodeaba, restableció definitivamente y para siempre mas la Santa Sede en el sitio en que le habia dado asiento el príncipe de los apóstoles? De ningún modo; y en confirmacion de lo que decimos, no hay mas que citar lo ocurrido en Roma durante el gobierno de Luis de Baviera, y aun los formales deseos manifestados por los habitantes de aquella ciudad por conducto de los comisionados que enviaron á Gregorio XI.

Con efecto; si los Papas hubiesen continuado en Aviñon, otros hubieran aprovechado el nombre y el prestigio de la ciudad de Roma para disputar el gobierno espiritual de la Iglesia; restablecidos los Papas en la antigua capital del mundo católico, hubo tambien intereses bastardos que trataron de esplotar el derecho á que se creía acreedora la ciudad de Aviñon. Hé aquí como el cisma de Occidente no fué efecto inmediato de la traslacion de la Santa Sede á Roma, sino una consecuencia de intereses que se crearon y de ambiciones que surgieron con motivo de haberse dado el primer paso para abandonar los Estados de la Iglesia. En su lugar correspondiente hemos manifestado las circunstancias poderosas que obligaron al Sumo Pontífice á poner en práctica semejante resolución; la culpa será de las circunstancias, no pretendemos ponerlo en duda; pero no se diga jamás que el restablecimiento de la Santa Sede en Roma pudo ser causa del cisma de Occidente. Sin la lucha que se promovió en Italia, sin la ambicion de los señores

feudales que trataron de esplotar sus intereses particulares á costa de los Estados de la Iglesia, sin las desastrosas ocurrencias que estallaron en Roma y que comprometieron, no solo la integridad del territorio, mas tambien la seguridad personal del Sumo Pontífice, la Santa Sede no se hubiera trasladado á Aviñon. Hé aquí pues el verdadero origen del cisma que algunos años despues se desató sobre el Occidente como una plaga fatal que era poco menos que irremediable, atendido el estado á que habian llegado las cosas. El cisma hizo que Aviñon fuese la cuna de una série de antipapas que aspiraban al gobierno de la Iglesia, en tanto que este gobierno tenia su asiento en Roma: si los Papas no hubiesen restablecido su residencia en la antigua capital del mundo católico, entonces los antipapas en vez de levantarse en Aviñon se hubieran levantado en Roma. De todos modos el cisma era poco menos que inevitable.

Al examinar empero el carácter de la época á que se concreta el presente capítulo, debe tenerse en cuenta la perturbacion general á que dieron origen las circunstancias; á tal punto habia llegado el desconcierto, que no solo el vulgo sencillo é ignorante sino tambien los hombres ilustrados y de recto criterio anduvieron perplejos por algun tiempo sobre la legitimidad del verdadero Papa. Así fué que merced á este desconcierto obtuvieron gran privanza las consideraciones de esclusivo interés material; franqueóse el paso á las ambiciones, é insensiblemente los que solo pensaban atentar á exigencias de interés puramente espiritual viéronse envueltos en cuestiones de muy distinta índole. ¿Qué mucho pues que los gobiernos, atentos especialmente á los intereses políticos y materiales, se dividiesen en este punto hasta el extremo de reconocer á los unos á Urbano VI y de afiliarse otros al partido de Clemente VII? Cuando varones eminentes á quienes la Iglesia venera ahora en los altares, estuvieron por algun tiempo equivocados sobre cuál era el verdadero Papa á quien debiera obedecerse, no es extraño ciertamente que aun procediendo con toda buena fe se equivocasen algunos de los que dejaron de seguir al principio el verdadero partido. A pesar de todo Urbano VI, que en aquella division del mundo cristiano tuvo siempre en favor suyo la mayoria, pudo contar con la obediencia de la mayor parte de Italia.

En medio de estos acontecimientos no debemos buscar nuevos testimonios relativos á la conservacion del poder temporal del Papa: no era esto lo que se discutia; no era esto de lo que se trataba: la cuestion se reducía al reconocimiento del verdadero representante de Jesucristo en la tierra; sobre su independendencia no se disputaba; y si alguna prue-

ba directa é inmediata se desprende de los acontecimientos que señalaron el período histórico comprendido hasta la terminación del cisma de Occidente, es la necesidad de este poder supremo que todas las potencias, si bien bajo distinto concepto, deseaban poner á salvo; la necesidad de ese poder que seria poco menos que ineficaz desde luego que no fuese independiente, y que no puede ser independiente sin tener un territorio propio. En confirmación de que el poder temporal del Papa no fué lo que se tuvo á la mira en los acontecimientos á los cuales nos referimos, basta recordar que en todo el citado período no se reprodujo el anterior intento de privar al Papa de sus dominios temporales. Es verdad que hubo alguna interrupción en la permanencia del Sumo Pontífice en la ciudad de Roma, pero bastará para convencer á cualquiera un sucinto exámen de las circunstancias en que tuvieron efecto esas interrupciones y del modo con que se realizaron.

No debe hacerse caso ciertamente de que parte de los Estados de la Iglesia dejasen de estar sujetos á la obediencia del verdadero Papa, ó de que se hubiesen de tomar precauciones para conservarlos adictos y fieles; pues llegó á tal extremo la confusión, que en virtud de las decisiones del concilio de Pisa, ninguna de los dos que se tenían por verdaderos Papas, á saber, Benedicto XII y Gregorio XII, resultó ser legítimo, como quiera que se procedió á la elección de Alejandro V. Si en semejantes momentos dejaba de obedecer al verdadero Papa una parte de los Estados de la Iglesia y hasta la ciudad de Roma, no pueden deducirse de ahí razón alguna valedera contra la conservación del poder temporal en dicho territorio; en todo caso la sumisión de tal ó cual ciudad á un antipapa, probaría una obcecación ó un error de partido indisculpable despues de la decisión del concilio de Pisa, pero no pudiera interpretarse como una oposición al poder temporal del Papa. A pesar de esto vemos que despues de terminado dicho concilio en que si no se desvaneció completamente el cisma, se le dió cuando menos un fuerte empuje hácia su desaparición, el nuevo papa Alejandro V, al notificar su elección vió que tenia en favor suyo casi toda la Europa: Castilla, Aragon y Escocia estaban por Benedicto; los Estados de Roberto y de Baviera, del rey Ladislao y un corto número de ciudades de Italia se conservaban adictos á Gregorio. Benedicto se empeñó en conservar una sombra de pontificado encerrándose en su castillo de Peñíscola; Gregorio, reducido al extremo de fugarse de Venecia en traje de mercader, se refugió en la pequeña ciudad de Gaeta bajo la protección de Ladislao.

La intermediación de los Estados de este monarca que apo-

yaba al antipapa, hubo de ser naturalmente un origen constante de peligros para la integridad del territorio de la Iglesia que Ladislao deseaba verlo sometido á la desacreditada autoridad del ex-papa Gregorio. No es mucho por lo tanto que durante el pontificado de Alejandro V, el célebre Baltasar Cossa, que despues ocupó la Santa Sede con el nombre de Juan XXIII siendo legado pontificio en Bolonia, hubiese de reunir las tropas de la Iglesia con las del rey Luis de Anjou para conservar al Pontífice el patrimonio de S. Pedro y la ciudad de Roma.

Muerto Alejandro V y elegido sucesor suyo el papa Juan XXIII, continuaron los mismos peligros para la integridad del territorio sometido á la Santa Sede; así que sus primeras disposiciones tendieron á dejar asegurados en Bolonia y su provincia los intereses de la Sede Pontificia, previniendo las fáciles consecuencias de una irrupción del rey de Nápoles que defendía, como hemos dicho, un partido contrario al verdadero, legítimo y reconocido Papa. Cuando Juan XXIII creyó haber asegurado su autoridad en Bolonia, fué á tomar posesión de Roma, satisfaciendo de esta suerte los deseos de los habitantes de aquella capital que le llamaban con grande instancia teniendo también una irrupción del rey Ladislao. No serian infundados estos recelos, cuando las tropas de la Iglesia y las de Luis de Anjou hubieran de entrar en lucha con las tropas de Ladislao, obteniendo considerables ventajas: entre estos hechos de armas adquirió justo y especial renombre la batalla de Garigliano en la cual no consiguieron los vencedores todo el resultado que podían; Luis de Anjou despues de obtenido el triunfo; en vez de aprovecharse de la victoria, se retiró á Francia, dejando al rey de Nápoles en disposición de rehacerse en breve del descalabro sufrido. Así fué que Ladislao cuyo ascendiente pudo haberse desvanecido con tanta facilidad, volvió desde luego á inspirar los mismos recelos que antes; y como el Papa, privado del auxilio de Luis de Anjou con quien habia contado hasta entonces, se veía reducido á su propia defensa, echó de ver desde luego lo insuficiente de la misma, y hubo de apelar á las censuras y al anatema, á la absolución de los juramentos de fidelidad, á las calificaciones de perjurio, cismático, hereje, relapso, enemigo incorregible de la Iglesia, y otros que podían contribuir al descrédito de dicho príncipe, y por último publicó una cruzada con él en toda la cristiandad.

Sin embargo no tardaron en cambiar de aspecto los acontecimientos. Sea efecto del amor, sea por lo ineficaz de la resistencia moral y material, ello fué que un año despues, en 1412, el Sumo Pontífice y el rey Ladislao estaban

ya reconciliados. La experiencia manifestó al Sumo Pontífice que sin el auxilio de las tropas de Luis de Anjou no podía evitar que Ladislao, entrando por tierras de la Iglesia, fuese apoderándose de varias ciudades y aun de todo el patrimonio de la Santa Sede, argumento irrecusable contra los que suponen que en aquellos tiempos, el Papa, aun considerado como monarca de Roma, habia dado excesivo desarrollo en sus Estados al elemento militar. Compárese el territorio que tenia bajo sus dominios la Santa Sede, y el que constituia el reino de Nápoles, los cuales bien puede decirse que no han sufrido desde entonces modificación alguna de gran monta, y véase si seria excesivo y desproporcionado el ejército del Papa en aquellos tiempos de exclusiva preponderancia militar cuando no podía entrar en lucha con el ejército del rey de Nápoles, cuando Ladislao obtenia sucesivas ventajas y hubiera conseguido apoderarse de todo el territorio de la Iglesia, si el Sumo Pontífice no se hubiese anticipado á desarmar á su enemigo, borrando las calificaciones de que le habia hecho objeto, y hasta comprando la paz al precio de cien mil florines de oro, segun aseguran algunos.

En virtud de lo convenido con este motivo Ladislao quedó dueño de los reinos de Nápoles y de Sicilia y se comprometió á reconocer al Sumo Pontífice Juan XXIII, abandonado en su consecuencia el partido del antipapa Gregorio. El inmediato resultado de todo esto fué que Ladislao, valiéndose de ciertos medios mas ó menos directos, obligó al antipapa á salir de sus Estados y retirarse á la Marca de Ancona, donde protegido por su constante amigo, el príncipe Carlos Malatesta, permaneció fijando su residencia en la ciudad de Rímini.

A pesar de lo convenido entre el Sumo Pontífice y el rey de Nápoles, sus relaciones no debieron ser muy cordiales y sinceras cuando poco despues, ó sea, á mediados del año 1413 el rey Ladislao se fué aproximando á Roma con numeroso ejército con el pretexto de conservar en dicha ciudad el debido orden en tanto que el Papa Juan iba al concilio general cuya celebracion solicitaba toda la Iglesia. Los sucesos manifestaron luego que el Papa tenia razón sobrada para desconfiar del citado monarca, puesto que prevaliéndose de las inteligencias secretas que tenia en la ciudad logró entrar en ella ocultamente, pero no tan ocultamente que el Papa dejase de saberlo; á consecuencia de lo cual huyó de Roma á las primeras horas de la madrugada, se retiró cerca de Florencia, y no creyéndose seguro pasó el resto del año recorriendo varias ciudades de la Lombardia hasta que por último restableció su residencia en Bolonia. Entretanto la ciudad de Roma continuaba bajo el gobierno

del rey Ladislao, quien haciendo menosprecio del anterior convenio y no recatando sus intenciones de sojuzgar toda la Italia, trató de marchar contra Bolonia y arrojar de ella al Papa con tanta facilidad como lo habia hecho en Roma. Trazado tenia ya su plan, dispuestas estaban sus tropas para realizarlo cuando sobrecogiéndole la muerte le atajó sus intentos.

En cierto modo no debe causarnos tan singular estrañeza la deplorable conducta de Ladislao si tomamos en consideracion no solo el hecho de que era un rey decidido, sino tambien la especialidad de los momentos en que hallaron tan favorable coyuntura sus pretensiones. Aunque poco antes en el concilio celebrado para poner término al cisma se habia dispuesto proceder á la eleccion de un nuevo Pontífice, con todo era general el deseo y la creencia de que no podía menos de tomarse una nueva y decisiva providencia que pusiera fin á las eternas cuestiones suscitadas por los partidos de los antipapas. En esta conviccion y con la esperanza de que en el futuro concilio de Constanza habia de arreglarse la ruidosa cuestion del cisma, los partidarios de Benedicto y de Gregorio sostenian á todo trance su pretension esperando el resultado que podrian sacar del futuro desenlace; pero al propio tiempo los partidarios del papa Juan XXIII, sin cejar en su deseo de apoyarse, esperaban con ansiedad ver decidida por medios pacíficos una cuestion que daba margen á tan frecuentes y dolorosas vicisitudes. Así fué que participaban de la incertidumbre sobre el desenlace probable del cisma, no solamente los gobiernos que apoyaban á tal ó cual partido, sino tambien los pueblos, las corporaciones, los particulares sin distincion de clases ni condiciones. ¿Cómo podia esperarse pues que tomase un empeño decidido y eficaz en apoyar por todos los medios posibles al Papa cuando se ignoraba si las futuras decisiones del concilio serian ó no favorables al propio Papa á quien se hubiese sostenido?

Hé aquí como se comprende muy bien que obrase tan á su antojo y con tan pronto éxito el rey Ladislao, que llevado de su ambicion supo aprovechar momentos altamente oportunos para desarrollarla libremente y sin oposicion, ó á lo menos con una oposicion que por lo débil no podia serle temible. Fuera de esto; preciso es confesar que semejantes circunstancias los Papas carecian de la autoridad, de la tranquilidad y del prestigio necesarios para corresponder dignamente á lo que les exigia su deber de soberanos temporales. La autoridad de la Santa Sede parecia que mas que nunca era considerada como necesaria, puesto que los mismos bandos que se habian formado con motivo del cisma.